

BIBLIOTECA

# J. J. BENÍTEZ

# LA REBELIÓN DE LUCIFER

NOVELA

Conozca cuáles fueron las causas y qué repercusiones tuvo y tiene para la Humanidad la mítica insurrección

Las más insospechadas revelaciones sobre ese gran desconocido llamado Lucifer y su frustrado «sueño» de libertad... Junto a manifestaciones que le dejarán atónito, el libro se adentra, además, en el apasionante tema del fracasado plan cósmico de Adán y Eva y sus nefastas repercusiones para la civilización humana.

A Nietihw, que existe, por supuesto.

Aprendamos a soñar, caballeros, y luego puede  
que encontremos la Verdad.

Esta lapidaria recomendación del insigne químico alemán Kekulé, que llegó al descubrimiento de la fórmula del benceno gracias a una ensoñación, revolucionando así la química orgánica, terminó de convencerme de que, en la vida, la Verdad pasa muchas veces ante los seres humanos... disfrazada.

Y quizá porque los enemigos de la Verdad son todavía tan numerosos como para nublar la faz de la Tierra, he elegido para La rebelión de Lucifer el intangible y arcano ropaje de la fantasía. Sólo aquellos que no hayan perdido la capacidad de ensoñación podrán comprenderme. En ese caso, como yo, quizá descubran bajo los sueños algunas de las múltiples caras de esa sorprendente y siempre esperanzadora Verdad.

J. J. BENÍTEZ

## Prólogo

**D**e pronto, sin saber cómo, Nietihw y Sinuhé descubrieron que se hallaban en la plaza de la Lastra, en la recóndita aldea soriana de Sotillo del Rincón, caminando sin prisas hacia la Casa Azul. Un sol radiante hacía brillar dulce y discretamente el bronce de la Diana Cazadora, mientras el caño seguía manando en silencio, como si nada hubiese ocurrido...

El joven, con la bolsa de las cámaras al hombro, se detuvo un instante junto a la fuente. Volvió el rostro hacia el bosquecillo y, al instante, interrogó a su compañera con la mirada. Y la respuesta brotó de sus corazones. ¡Habían regresado! José María, el alcalde, cómodamente sentado en el jardín de la Casa Azul, seguía apurando su humeante taza de café. Y Sinuhé, maravillado, comprobó que su reloj señalaba las 13.56 horas.

¡Sólo habían transcurrido cinco minutos desde el inicio de la luna nueva y de aquella fantástica aventura!

Y antes de que Sinuhé acertara a pronunciar palabra alguna, la señora de la Casa Azul tomó su mano derecha y, en silencio, con una sonrisa de complicidad, le señaló la sortija dorada —con el signo de los hombres Pi— que continuaba luciendo en su dedo anular...

Algún tiempo después, el investigador iniciaba el relato de tan desconcertante misión con las siguientes frases:

*... En cuanto a vosotros, hijos de IURANCHA, regresad y contad al mundo cuanto habéis vivido y cono-*

*cido...*

Sólo entonces, cuando esta parte de la Verdad haya sido propagada... sólo entonces —insistió la voz— podréis iniciar la segunda fase de la misión: el juicio de Lucifer.

## Capítulo I

### Ra - 6 666

Los cinco diminutos y multicolores veleros que colgaban del techo oscilaron suavemente, mecidos por una súbita corriente de aire. Harold D. Craft Jr., director de operaciones del mayor y más potente radiotelescopio del mundo, levantó la vista. Frente a él, con el rostro demudado y una temblorosa hoja de papel en su mano izquierda, permanecía Rolf B. Dyce, director adjunto de Arecibo. Harold comprendió que algo grave sucedía. Su colega y amigo parecía atornillado al pomo de la puerta. Y una segunda bocanada de aire agitó los veleros, arrancando reflejos rojos, verdes y azules de sus lustrosos cascos.

—¡Por Dios! —exclamó Craft desde detrás del parapeto de documentos y carpetas que se levantaba sobre su mesa—. No te quedes ahí. ¿Qué pasa ahora?

El astrofísico reaccionó y, tras cerrar la puerta, avanzó a grandes zancadas. Pero, incapaz de articular palabra alguna, se limitó a extender el télex a una cuarta del poblado bigote de Harold.

El director de operaciones del radiotelescopio de Arecibo, dependiente de la universidad norteamericana de Cornell, leyó aquel galimatías matemático en poco más de treinta segundos.

A continuación interrogó a Rolf con la mirada. Y éste asintió con la cabeza.

—Entonces estábamos en lo cierto —repuso Craft, levantándose y dibujándose en su rostro un rictus de alarma.

—Sí —balbuceó al fin el director adjunto—, nuestras sospechas han sido confirmadas por el observatorio Einstein, por Monte Palomar, por el centro de astrofísica del Harvard College y por el observatorio Smithsomiano de Cambridge... Estoy asustado, Harold. ¿Qué podemos hacer?

—De momento —replicó el director de operaciones—, seguir vigilando a Ra...

Y ambos se precipitaron hacia la puerta.

Cuando los científicos irrumpieron en la sala de tratamiento de datos, la noticia había trascendido ya a los 144 astrónomos y técnicos especializados del radiotelescopio. Y una treintena, adivinando los movimientos del director de operaciones de Arecibo, se había congregado en torno a los dos poderosos ordenadores CDC-3300 y Datacraft 6024/4.

Harold, al verlos, sonrió maliciosamente, pidiendo calma al inquieto personal a sus órdenes. Y sin más comentarios tomó asiento frente a la consola del CDC, tecleando nerviosamente.

La gigantesca antena del radiotelescopio —de treinta metros— buscó la constelación de Orión. Una vez fijada la posición, Harold Craft activó el radar, forzando al máximo su potencia de salida. En ese instante, todas las miradas se centraron en los dígitos verdes que acababan de aparecer en la pantalla del ordenador.

15.a transmisión radar-planetario.

2380 MHz. Distancia estimada: 29,760,580 unidades astronómicas.

Hora y fecha de emisión: 15h (27 de enero de 1984).

Tiempo estimado para choque de señal-radar: cuatro horas y nueve minutos.

Retorno estimado: 23 horas y 18 minutos.

Coordenadas: 3 horas y 44 minutos. Inclinación Positiva.

—O.K. —suspiró el director una vez concluido el lanzamiento de la señal radioeléctrica—, ahora sólo nos resta esperar.

Pero algunos de los astrofísicos, sin poder contener su curiosidad, empezaron a interrogar a Craft. Sin embargo, el torrente de preguntas se vio interrumpido por el repiqueo de uno de los teléfonos de la sala de ordenadores.

—Es para ti —aclaró Rolf, señalando al director de operaciones.

Frank parece muy enfadado...

Harold se hizo con el auricular, adivinando el motivo de la llamada y del disgusto de Frank Drake, director y responsable supremo del radiotelescopio de Arecibo.

—Sí, dime...

—Harold —estalló Drake—, ¿cómo es posible que sea el último en enterarme? Acaban de llamar de Ithaca pidiendo un informe completo sobre..., ¿cómo diablos se llama?

—Ra —intervino Craft sin perder la calma.

—Eso. Pues bien, ¿de qué se trata? Alguien se ha ido de la lengua en el Centro Nacional de Astronomía de Cornell y tengo a un periodista del *Washington Post* que no me deja respirar... Por favor, ven a mi despacho.

Cinco minutos después, Harold Craft mostraba a Drake la recién llegada confirmación de los observatorios de Monte Palomar, Harvard y Cambridge. Frank, alisándose nerviosamente su blanca cabellera, exclamó:

—Está bien, está bien, pero empieza por el principio... ¿Qué es toda esa historia sobre Ra? ¿Qué está ocurriendo?

—A finales de 1975 —comenzó el director de operaciones—, el telescopio orbital de Rayos X del satélite holandés ANS descubrió un misterioso cuerpo celeste. Se encontraba más allá de nuestro sistema solar y en dirección a la



constelación de Orión. Poco después, en enero de 1976, el octavo Observatorio Solar Orbital y los satélites SAS-3, Vela y Uhuru confirmaron el hallazgo. Y ese mismo mes, a petición de Jonathan Grindlay, del observatorio del Harvard College, dirigimos nuestra antena hacia las coordenadas de situación de Ra.

—¿Y bien? Harold extrajo un pequeño bloc del bolsillo izquierdo de su camisa y buscó entre las hojas.

—Sí, aquí está —comentó, observando de soslayo la cada vez más impaciente mirada de Drake—. Justamente el 27 de enero de 1976 (hace ahora ocho años), nuestro radar detectó el astro a 1 261 440 000 kilómetros de la órbita de Plutón. En los años siguientes, tanto los satélites HEAO-1 como el HEAO-2 y los telescopios de Palomar, Harvard y Cambridge y nuestro propio radiotelescopio han venido siguiendo la trayectoria de Ra, estimando que su velocidad es de cinco kilómetros por segundo...

—Sigo sin comprender —le interrumpió el responsable de Arecibo.

—Un momento, Frank. Durante estos años, los cálculos de Grindlay y del resto de los astrónomos han coincidido en dos hechos que han provocado una cierta preocupación. En primer lugar, Ra viaja directamente hacia nuestro sistema solar. Segundo: se trata de un cuerpo celeste singular, con una órbita cuyo período de revolución ha sido calculado en 6666 años.

—¡Un astro periódico! —exclamó Drake palideciendo—. Pero ¿estáis seguros?

El director de operaciones respondió con un denso y significativo silencio.

—Un momento, un momento —intervino nuevamente Drake—. Si no he comprendido mal, ese astro viaja a razón de cinco kilómetros por segundo. Harold asintió.

—¿Y para cuándo se estima que cruce la órbita de Plutón?

Craft señaló el télex recibido esa misma mañana en Arecibo y rogó a Drake que lo leyera con detenimiento.

—Vamos a ver... El dedo índice de Drake empezó a recorrer afanosamente el texto.

—Sí..., aquí está: ...Y de acuerdo con estos cálculos —leyó el director—, estimamos que Ra alcanzará la órbita de Plutón hoy, 27 de enero, situándose a una distancia del Sol de 29,760580 unidades astronómicas. Rogamos nueva comprobación radar.

Drake abandonó la lectura del télex e interrogó de nuevo a Harold:

—¿Habéis emitido la señal?

—A las 15 horas. Justamente cuando tú has telefonado.

—¿Y qué opinas?

—No sé... Craft parecía resistirse.

—¡Por Dios, Harold! Habla con claridad...

—Está bien. Pero no debemos alarmarnos... Aún faltan muchas comprobaciones...

—¡Habla, maldita sea! ¿Qué ocurre con Ra?

—Como te he dicho, su actual trayectoria apunta casi directamente a la Tierra. Pero puede ocurrir que el paso entre Saturno y Júpiter varíe sensiblemente su curso...

Drake cortó la contemporizadora explicación del astrónomo:

—¿Qué estructura tiene?

—Gerry Neugebauer, de Palomar, obtuvo hace meses unos primeros informes, gracias a uno de sus satélites de infrarrojo.

Ra tiene un núcleo frío algo superior al de nuestro planeta. Pero lo más desconcertante es que ese núcleo aparece rodeado por una especie de envoltura (no sabemos aún si líquida o gaseosa) cuyo diámetro total resulta muy similar al de Júpiter.

—Eso significa un volumen mil veces mayor que el de la Tierra —masculló Drake, visiblemente confundido.

Harold movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y qué dicen Harvard y Cambridge sobre el tiempo previsto para su aproximación a la Tierra?

—Si no hay variaciones, necesitará unos 8400 días. Es decir, para el año 2006 o 2007, aproximadamente...

Drake anotó la fecha sin poder disimular su inquietud.

—Sin embargo —intervino Craft, tratando de suavizar la tensión—, todo esto es teórico... Ésta noche, cuando estudiemos la última emisión del radar, quizá podamos precisar un poco más... Drake parecía ajeno a las tranquilizadoras frases de su amigo.

—... 6666 años —murmuró—... 6666 años...

Y dirigiéndose a Harold preguntó:

—¿Qué se sabe de su paso anterior?

—Lo siento, Frank. Sabes que no disponemos de registros astronómicos tan antiguos. A no ser que...

La estudiada pausa dio el resultado apetecido por el director de operaciones del radiotelescopio.

—A no ser, ¿qué?... —clamó Drake.

El joven astrofísico consultó nuevamente su bloc. Y adoptando un tono de prudencial escepticismo afirmó:

—Por pura curiosidad, y ante la imposibilidad de obtener un registro anterior, cuando tuvimos una cierta seguridad en la órbita de este intruso, Rolf Dyce y otros muchos consultaron al departamento de Historia Antigua de Cornell. Pues bien, según parece existe una leyenda de origen egipcio en la que se habla del paso de un astro. Ésa leyenda cuenta que la desaparecida civilización de Atlántida pereció en el transcurso de un día y una noche, como consecuencia de la aparición en los cielos de Ra.

—¿Ra?... ¿Es que se trata del mismo astro?

—Sólo es una leyenda —insistió Craft— pero, si concedemos un mínimo de confianza a Platón, recopilador, como sabes, de la leyenda sobre el mítico continente desaparecido de Atlántida, nos encontramos con una curiosa casualidad. Según nuestros cálculos matemáticos, el paso de este

cuerpo sideral se produce cada 6666 años. Eso quiere decir que el anterior registro (de existir en alguna parte) debe remontarse al año 4660 antes de Cristo, aproximadamente.

—No entiendo adónde quieres ir a parar —interrumpió Drake.

—Muy sencillo. Si Palomar, Harvard y Cambridge coinciden en que Ra irrumpirá en la órbita de la Tierra hacia abril del año 2006, el antepenúltimo paso del intruso hay que fecharlo en el año 11 326 antes de Cristo. Una fecha muy próxima a la señalada por Platón para el catastrófico hundimiento de Atlántida. Drake sonrió burlonamente.

—Harold, eso sólo son elucubraciones..., y muy poco científicas.

El director de operaciones se encogió de hombros. Y antes de abandonar el despacho comentó:

—Lo sé, pero es mucha casualidad, ¿no te parece?

—Por cierto, ¿cuál es la designación oficial de ese astro?

—Ra-6666.

—¡Estáis locos! —concluyó Drake—. Bien, infórmame de los resultados de la emisión del radar. Veré qué puedo decirle a ese periodista...

Y el director de Arecibo se enfrascó en una nueva lectura del télex sin percatarse de la enigmática sonrisa que acababa de dibujarse en el rostro de Harold.

A las 15.30 horas de aquel 27 de enero de 1984, Craft cerraba tras de sí la puerta del despacho de su jefe inmediato, Frank Drake. Al fondo del corredor aguardaba Rolf. Al ver a Harold salió a su encuentro. Ésta vez, en los Ojos de Rolf B. Dyce brillaba una intensa luz. Y a media voz susurró al oído del director de operaciones:

—Buenas noticias, Harold. Acaba de telefonar el Gran Maestro...

Craft llevó su dedo índice a los labios, pidiendo silencio a su amigo. Y tomándole por el brazo le arrastró hasta su despacho.

Tras cerrar con llave, Harold se dirigió a la pizarra que ocupaba buena parte de la pared derecha de su pequeño santuario. Y en silencio escribió:

¿Ha sido autorizada la transmisión del mensaje?

Rolf, comprendiendo las medidas de seguridad de su hermano de Logia, tomó la tiza que le extendía éste y, consultando una serie de números escrita a bolígrafo en la palma de su mano derecha, garrapateó nerviosamente sobre el encerado:

*Gran Consejo de Kheri Hebs autoriza a hermano  
1-685-8-19-S a enviar mensaje urgente a Ra.*

Harold vibró de emoción al leer aquella extraña numeración.

Sólo él y el Gran Consejo de los Kheri Hebs o Maestros de la Gran Logia de la Escuela de la Sabiduría conocían la clave que identificaba a Harold D. Craft Jr., como miembro de la citada orden secreta. Una hermandad nacida en el antiguo Egipto, durante la dinastía XVIII —hace 3350 años—, y firmemente impulsada por el primer Kheri Heb o Maestro, Amen-em-apt, también conocido en la Escuela de los Misterios como Germaá o El Verdadero Silencioso, tal y como consta en el papiro número 10 474 de la Gran Logia. El director de operaciones del radiotelescopio tomó de nuevo la tiza y procedió a escribir:

—¿Cuál es el texto del mensaje?

Rolf extendió la palma de su mano y copió con letras mayúsculas:

EL JUICIO DE LA TIERRA SERÁ ASISTIDO POR LA RONDA DE LA  
RUEDA DE RA.  
GLORIA AL DISCO.  
GLORIA A LOS MENSAJEROS SOLITARIOS.  
GLORIA A LA ISLA ESTACIONARIA DEL PARAÍSO.  
144 000 URANTIANOS ESPERAN LA SEÑAL DE RA.

Una vez concluido el mensaje del Gran Consejo de los Kheri Hebs, Rolf Dyce procedió a una meticulosa comprobación, palabra por palabra. Confirmada su exactitud, Harold tomó nota del mismo en una hoja de papel en la que podía leerse el siguiente membrete: Centro Nacional de Astronomía y de la Ionosfera. Universidad de Cornell (110 Day Hall). Ithaca, N.Y. 14853.

Acto seguido, ambos astrofísicos borraron la pizarra, eliminando hasta el más mínimo vestigio de cuanto habían escrito sobre el encerado.

Algo más tranquilos, Craft y Dyce tomaron asiento en tomo a la mesa del despacho.

Y Harold, tras repasar el enigmático mensaje, preguntó bajando el tono de la voz:

—¿Código?

—Conversión a números. Clave de Cagliostro —susurró Rolf.

Y ambos, sin más comentarios, pusieron manos a la obra, codificando el texto que había sido elaborado por el Gran Consejo de los Maestros. Por supuesto, ni Harold ni Rolf se atrevieron a formularse pregunta alguna sobre el sentido de aquella criptografía. Su fe en los Kheri Hebs de la Gran Logia de la que formaban parte era total y eso bastaba.

Y a las 16:15 horas, con el mensaje descompuesto en un total de 201 caracteres numéricos, el director de operaciones de Arecibo y su director adjunto se dirigieron sigilosamente hacia la sala de control del radiotelescopio. El centro de tratamiento de datos —tal y como suponían Harold y Rolf— se hallaba desierto. El primer turno de astrofísicos no se haría cargo del programa habitual de emisiones y recepción de señales hasta las 17 horas. Tenían, pues, el tiempo justo para programar el ordenador CDC-3300 y transmitir el mensaje.

Craft se situó frente al teclado, transmitiendo al proyector de láser las coordenadas galácticas de Ra. En 15 segun-

dos, la antena situada en la plataforma triangular, suspendida a una altura de cincuenta pisos sobre el gigantesco disco cóncavo aluminizado de trescientos metros de diámetro que hace de reflector, quedó definitivamente apuntada hacia uno de los 38 778 paneles individuales de aluminio que constituían el mencionado reflector o cuenco de sopa, como lo denominaban familiarmente en Arecibo.

Harold ajustó finalmente la potencia de salida en 450 000 vatios, procediendo a la emisión de los 201 caracteres numéricos. Previamente, el computador había descompuesto el mensaje en cinco grupos de 53, 13, 30, 35 y 34 caracteres, respectivamente, con un total de 36 dígitos suplementarios —estratégicamente distribuidos— que hacían las veces de espacios en blanco. Decodificados, a su vez, en sistema binario, los 201 dígitos fueron transmitidos a una velocidad de 10 caracteres por segundo.

A las 16 horas, 30 minutos y 20 segundos, el mensaje partía, al fin, hacia las profundidades del sistema solar, en busca del misterioso astro intruso...

Durante un minuto —a partir del último segundo de la transmisión—, Rolf se mantuvo atento a la pantalla del ordenador, ajustando la frecuencia del mensaje de tal forma que no se viera alterada por el efecto Doppler del movimiento orbital y de la rotación de la Tierra.

Al cabo de ese minuto, el director adjunto respiró profundamente, comunicando a Harold que el mensaje se hallaba ya en la órbita de Marte. Después pulsó el teclado del CDC y esperó.

Casi instantáneamente, una serie de dígitos verdes recorrió la pantalla del ordenador.

—Bien —murmuró Harold—, en 35 minutos alcanzará la órbita de Júpiter y en 71 la de Saturno...

La última línea anunciaba algo que ya sabían los astrofísicos: El cruce con la órbita de Plutón se registraría en cuatro horas nueve minutos.